

Alianzas: la gran ventaja estratégica

María Celina Castoldi



La firma del AUKUS y sus implicancias geoestratégicas, militares y tecnológicas dominaron la escena mundial y el pensamiento de los analistas internacionales durante este mes. Nadie escapó al intento de querer entender qué significaba esta sociedad de defensa y seguridad entre padre e hijos, ni a intentar proyectar cuál sería su efecto inmediato y futuro.

Con más argumentos unos que otros, lo cierto es que todos coincidieron en señalar que estamos asistiendo a la configuración de una alianza, predominantemente naval, para un entorno marítimo en donde los riesgos reales de escalada militar son mayores que en otros.

Australia, que por su alta dependencia económica de China se encontraba -desde la perspectiva anglosajona- en una posición de relativa vulnerabilidad, ha sido traccionada por las dos democracias occidentales más antiguas. Aunque esto pueda parecer exageradamente optimista, no hay dudas que ha sido una fuerte señal para China, que no dudó en denunciar el acuerdo como una amenaza para la paz y la estabilidad regional, y como un riesgo elevado hacia una carrera armamentista.

Impedir que China controle los mares adyacentes a su territorio, los pasos del comercio internacional y los mares en disputa en el Mar de China Meridional, son objetivos que, aunque fuertemente consensuados entre los dos países de la alianza atlántica, demandaban el involucramiento de Australia. Largos años debieron pasar hasta que el Gobierno definiera su alineamiento, pero pareciera que con AUKUS finalmente ese momento ha llegado.

Como lo expresaban desde Canberra, los desafíos de seguridad en la región han aumentado, las capacidades de los adversarios se han expandido y la modernización militar avanza a un ritmo sin precedentes. Por ello, haber optado por submarinos de propulsión nuclear en vez convencionales (diésel-eléctricos) es una decisión que a nivel estratégico se justifica por sí misma.

Independientemente de cómo vayan a gestionar la crisis con Francia y de cuál vaya a ser el modelo que finalmente construyan (Clase Virginia o Clase Astute), si todo sale bien, Australia tendrá su primer submarino para 2040. Ello, sumado a decisión de adquirir misiles Tomahawk, le darán al país una capacidad de ataque y defensa diametralmente mayor al que tenía y lo convertirán en una pieza disruptiva en el tablero regional.

Pues a pesar de la superioridad numérica de la flota china, de las demostraciones de poder aeronaval y misilístico y del dominio de las comunicaciones que ha alcanzado China, la alianza AUKUS plantea un real desafío para la potencia oriental y un riesgo creciente de militarización del escenario.

Si hay algo en lo que coinciden las visiones de defensa de las potencias navales occidentales es en que la ventaja en el mar es la clave para prevalecer en el entorno Indo-Pacífico, por lo cual incrementar la capacidad submarina será prioridad en este duelo.

Los grupos de tarea desplegados en ese entorno, las alianzas trilaterales -en particular la celebrada entre Estados Unidos, Reino Unido y Francia que comparten la condición de aliados OTAN, potencias nucleares y Armadas de portaaviones-, sumado a la creciente intercambiabilidad que vienen ensayando entre ellas y con Japón, confirma como tantas veces en la historia, el serio desbalance que puede provocar una sólida red de aliados.

Para quienes especulaban con que AUKUS debilitaría a la OTAN, se vislumbra que es poco probable que ello suceda, al contrario, hay indicios que de que el principio fundante de la “*defensa colectiva*” está tan vivo como hace setenta años. No hubo *Brexit* que lo debilitara. Entonces, ¿cuánto más ayudará a fortalecerlo y hasta expandirlo la visión compartida de China como competidor “estratégico” y “sistémico” según las visiones rectoras de Estados Unidos y Reino Unido respectivamente?